

A MODO DE EPÍLOGO

Al llegar al final de este trabajo queda la impresión de que, como suele decirse, “no están todas las que son”. Aun a costa de adelantar posibles investigaciones futuras, cabe pensar que los ejemplos podrían multiplicarse. Así, una mirada a los problemas teóricos que encuentran las posturas opuestas (pero autodenominadas liberales) ante la discriminación positiva, nos aportaría presumiblemente otra muestra de ironía. Del mismo modo, la forma de algunos países europeos de legislar en materia de expresión de las convicciones religiosas (estoy pensando en Francia y el problema del *foulard* islámico) puede añadir una nueva contradicción. Y cabe también mencionar las profundas dificultades para articular un discurso en materia bioética que detenga las posibilidades de la investigación científica que conducen a la eugenesia.

Ante este cúmulo de problemas puede optarse por examinar las alternativas que se han dado históricamente al modelo liberal de sociedad y comprobar que son peores. Pero tal cosa no deslegitima los intentos por verificar y explicar las falencias y las

contradicciones de dicho modelo. Es más, si la única respuesta que un pensamiento liberal puede dar a las incoherencias de la sociedad liberal consiste en señalar los riesgos de las sociedades no liberales, entonces hay motivos para pensar que no dispone de una verdadera respuesta. Porque lo que las conclusiones que hemos ido sacando sugieren es que muchas veces las sociedades sedicentes liberales no se toman en serio sus propios principios. Y, entonces, lo que hacen es operar conforme a otros principios que no está claro que sean liberales, es decir, consistentes con los principios explícitamente asumidos como tales. Si lo puesto de manifiesto en las páginas precedentes es correcto, nos encontramos ante sociedades liberales que actúan como las no liberales. Por ello, si pretenden seguir siendo una sociedad liberal es necesario afrontar las contradicciones y tratar de señalar los límites de nuestro propio imaginario.

En términos más positivos, parece claro que no resulta posible responder a algunos de los problemas más graves de las sociedades contemporáneas echando mano de los principios de autonomía y de daño exclusivamente. En el fondo, lo que a mi juicio revela el presente estudio es la incapacidad para hacer real el antiperfeccionismo característico del imaginario liberal. No se trata de que el antiperfec-

cionismo sea correcto o incorrecto, sino de que no es posible en toda circunstancia. Por tanto, lo primero de todo es darse cuenta de que es insoslayable la discusión acerca del bien humano. Pero esto nos exige un pensamiento mucho más profundo del que los dos principios mencionados nos pueden ofrecer. Si no somos capaces de articular un pensamiento así, o si se afirma que tal cosa es imposible, entonces los conflictos que se han descrito en este trabajo, y los que acabamos de apuntar, no serán más que campos de batalla donde la única racionalidad posible será la de la negociación entre los contendientes. Y en otras ocasiones sólo quedará la imposición de los criterios de los más fuertes. E incluso en los momentos en que se opte por la negociación, ésta sólo se producirá porque ninguna de las partes puede imponer a la otra su opción, o porque la que puede imponerla decide graciosamente no hacerlo. Tal situación vuelve a demostrarnos que también suponen un verdadero riesgo para una sociedad liberal algunos modos de funcionamiento que se dan en su propio seno. Es más, en cierto sentido estamos ante un desafío mayor que la existencia de sociedades no liberales, porque ahora se trata de una amenaza interior y silenciosa en la medida en que se asienta en una sociedad que se califica a sí misma como liberal.

Tales son las limitaciones del proyecto liberal, más allá de que éste cuente en su haber otras muchas virtualidades para encauzar y resolver adecuadamente otros asuntos de las sociedades contemporáneas. Si no queremos verlas como limitaciones, entonces por lo menos es necesario hablar con claridad y señalar que el principio de autonomía es el principio de autonomía de los fuertes, y de los débiles sólo secundariamente en la medida en que se lo permiten ejercer. Del mismo modo, el principio de daño sería el principio de daño de los fuertes, y de los débiles sólo en el sentido recién indicado. Si a eso se le quiere seguir llamando “sociedad liberal” en lugar de “sociedad liberal de los fuertes y secundariamente de los débiles”, es otra cuestión. Al menos, en perspectiva cínica, es bueno saber a qué grupo pertenece uno mismo, y qué posibilidades le esperan en el caso de que cambie (voluntaria o involuntariamente) de sector.

La alternativa pasa por tratar de pensar las cosas de modo diferente, en la línea de lo apuntado en párrafos precedentes. La necesidad de empezar a hablar de fines y bienes humanos, tal y como acabamos de defender, puede producir un cierto vértigo. En efecto, tal posibilidad, si quiere ser algo más que mera retórica, exige hacerse cargo de una teoría del conocimiento que dé razón del acceso a esos bienes

y fines. Y aún antes es necesario formular una antropología que comprenda al ser humano como un ser de fines. Pero tal cosa excede con mucho el propósito de este libro y remite en el fondo a una de las más grandes cuestiones de todo el pensamiento. Y, sobre todo, exige seguir la centenaria recomendación de atreverse a pensar, es decir, de no dejar que las ideologías piensen por uno mismo.